

y la ciudad de Faenza, por voluntad de todo el pueblo.

Á este desorden siguieron otros, después que terminaron las guerras grandes entre los Estados más poderosos. Durante muchos años hubo tumultos en la Romaña, en la Marea y en Siena, que, por su escasa importancia, juzgo superfluo referir. Verdad es que los de Siena, después que el duque de Calabria, en la guerra de 1488, partió de aquel punto, fueron más frecuentes, ocasionando rápidos cambios, en los cuales unas veces dominaba la plebe y otras los nobles. Quedaron éstos al fin dueños de la ciudad, y con más autoridad que los demás Pandolfo y Jacobo Petrucci, quienes, el uno por su prudencia y el otro por su valor, llegaron á ser Señores de ella.

XXXVI. Terminada la guerra de Serezana, vivieron los florentinos hasta el año de 1492, en que ocurrió la muerte de Lorenzo de Médicis, en grandísima prosperidad, porque Lorenzo, una vez asegurada la paz por su influencia y autoridad, dirigió sus esfuerzos á engrandecer su casa y su patria. Casó á su hijo primogénito, Pedro, con Alfonsina, hija del caballero Orsino, y después logró que á su segundo hijo, Juan, le concedieran la dignidad del cardenalato. Llegó éste á ser tan famoso como extraordinario fué su nombramiento de cardenal antes de cumplir catorce años (1). Este fué uno de los honores que más tarde elevaron la reputación de los Médicis hasta las nubes.

No le fué posible asegurar extraordinaria fortuna á su tercer hijo, Julián, por lo joven que era y lo poco que Lorenzo vivió.

(1) Llegó á ser Papa con el nombre de León X.

Las hijas las casó una con Jacobo Salviati, otra con Francisco Cibo, y la tercera con Pedro Ridolfi. La cuarta, que, por tener á su familia unida, la había casado con Juan de Médicis, murió.

Respecto á sus demás asuntos privados, en el comercio fué desgraciadísimo, porque las irregularidades de sus dependientes, que administraban los negocios de Lorenzo, no como hombre privado, sino como príncipe, le hicieron sufrir grandes pérdidas en diferentes puntos, siendo preciso que su patria le ayudara con cuantiosa suma de dinero del Tesoro público.

De aquí que, por no exponerse de nuevo á los trances de la fortuna, dejó las operaciones mercantiles y adquirió dominios territoriales, como riqueza más sólida y segura. En las comarcas de Prato, Pisa y Val de Pesa compró grandes posesiones, cuyas rentas y edificios y magnificencia no parecían de hombre privado, sino de soberano.

Después de esto se dedicó á embellecer y agrandar su ciudad; y, habiendo en ella grandes espacios sin edificar, los llenó de nuevas calles y casas, que ensancharon y hermopearon Florencia. Para asegurar la tranquilidad de sus habitantes y poder combatir desde lejos á los enemigos, fortificó el castillo de Fiorenzuola, situado en medio de los Alpes, hacia Bolonia; en la dirección de Siena comenzó la restauración de Poggio Imperial para hacerlo inexpugnables, y cerró á todo enemigo el camino de Génova con la conquista de Pietrasanta y Serezana. Además, mantenía con subsidios y pensiones la amistad y adhesión de los Baglioni en Perusa, de los Vitelli en Città de Castello, y el gobierno de Faenza estaba en su poder. Todas estas disposiciones constituían una especie de baluarte para la seguridad de Florencia.

Durante este período de paz procuró que abundaran las fiestas en la ciudad, haciendo celebrar con frecuencia torneos y representaciones de triunfos y sucesos de la antigüedad. Su propósito era mantener la abundancia en su patria, unido al pueblo y honrada la nobleza.

Estimaba grandemente á los que sobresalían en cualquiera de las artes; favorecía á los literatos, de lo cual pueden testificar Agnolo de Montepulciano, Cristóbal Landini y el griego Demetrio. El conde Juan de la Mirandola, hombre casi divino, atraído por la magnificencia de Lorenzo de Médicis, prefirió Florencia á todas las otras ciudades que había recorrido, para fijar su residencia.

Eran de su especial agrado la música, la arquitectura y la poesía, y compuso y comentó varias composiciones poéticas.

Para que la juventud florentina pudiera ejercitarse en el estudio de la literatura, fundó la Universidad de Pisa, llamando á la enseñanza en ella á los hombres más sabios que había entonces en Italia.

Para fray Mariano de Chinazzano, de la orden de San Agustín, porque era predicador notabilísimo, edificó un monasterio junto á Florencia.

La fortuna y Dios le protegieron, y por ello todas sus empresas tuvieron feliz término, y las de sus enemigos desgraciado; porque, además de la conjuración de los Pazzi, quiso asesinarle Bautista Frescobaldi en el Carmen, y Balinotto de Pistoya en su casa de campo; pero todos recibieron, como también sus cómplices, el justo castigo por tan malvados designios.

No sólo los príncipes de Italia, sino los de países lejanos, conocieron con admiración su modo de vivir y su fortuna. El rey de Hungría, Mattías, le dió muchas prue-

bas de su estimación y aprecio, y el Sultán de Egipto le cumplimentó y envió regalos por medio de sus embajadores. El Gran Turco le entregó á Bernardo Bandini, asesino de su hermano.

Todas estas cosas le atraían la admiración de Italia. Su prudencia aumentaba diariamente su reputación, porque era en discutir los asuntos elocuente é ingenioso, en resolverlos sensato, y en ejecutar lo resuelto activo y animoso.

No le censuraron vicios que oscurecieran sus virtudes, aunque era aficionado á los placeres del amor y le deleitaba oír á los burlones y maldicientes y los juegos pueriles más de lo que convenía á tan grande hombre, pues muchas veces se le veía tomar parte en los entretenimientos de sus hijos é hijas. Considerando estas aficiones unidas á las graves de los negocios públicos, parecía haber en él dos personas unidas por lazos incomprensibles.

En sus últimos tiempos vivió lleno de molestias, causadas por la enfermedad que le afligía, produciéndole grandes dolores de estómago. Tanto se exacerbaron éstos, que falleció en Abril de 1492, á los cuarenta y cuatro años de edad.

Nadie murió, no sólo en Florencia, sino en Italia, con mayor fama de prudencia, ni fué más sentido. Viéronse en el cielo muchos presagios de que su muerte sería principio de grandes calamidades, entre ellos un rayo que cayó en lo alto de la iglesia de Santa Reparata, con tanta violencia que destruyó gran parte de la elevadísima techumbre, con estupor y admiración de todos.

Lamentaron su muerte todos los ciudadanos y todos los príncipes de Italia, dando de ello pruebas manifiestas,

porque todos, sin excepción, enviaron embajadores á Florencia para expresar su sentimiento á esta República. Y de que tenían justo motivo para sentirlo, muy pronto se conoció por los efectos; porque, faltando á Italia sus consejos, no encontraron los gobiernos medio de satisfacer ó refrenar la ambición de Luis Sforza, gobernador del duque de Milán, por lo cual, inmediatamente después de la muerte de Lorenzo de Médicis, empezaron á nacer las malas semillas que, al poco tiempo, por no vivir quien sabía destruirlas, arruinaron y arruinan todavía á Italia.

FIN DE LA HISTORIA DE FLORENCIA.

FRAGMENTOS HISTÓRICOS (1)

AÑO DE 1494.

Quería el papa Alejandro VI que Alfonso (2) diera su hija en matrimonio á uno de los hijos de aquél, y oponiéndose éste, se indignó hasta el extremo de escribir al rey de Francia que viniera á reconquistar el reino de Nápoles; de suerte que, si es cierto que Carlos pensaba ya en esta conquista, el consejo del Pontífice le decidió á emprenderla.

Añadiase á esto que Luis Sforza gobernaba el Estado de Milán como soberano y no como tutor de Juan Galeazzo, que ya era adulto y á quien no pensaba entregar el gobierno, sino apartarle de los asuntos públicos, reteniendo para sí toda la autoridad; cosa muy desagradable para el rey Alfonso, padre de Hipólita, esposa de Juan Galeazzo. Pero Fernando, padre de Alfonso, disuadía á éste de todo intento contra Sforza, temeroso de que llamara á Francia en su ayuda; y para disipar las sospechas

(1) Estos fragmentos históricos son trabajos preparatorios de Maquiavelo para continuar la historia de Florencia.

(2) Hijo de Fernando, rey de Nápoles.